

## Filosofía y bachillerato: reformar el miedo

La filosofía y Sócrates se defienden solos. No hace falta reivindicar, a voz en pluma, sus derechos. Los tienen de por sí. Cuando alguien ha intentado arrebatárselos, la Historia se los ha devuelto...

Pero, como observaba Peirce, «la filosofía y la ciencia parecen haber cambiado de cunas. Porque no es el conocer, sino el amor a aprender lo que caracteriza al hombre de ciencia, mientras que el filósofo es hombre provisto de un sistema en el que piensa que está incorporado todo lo que es más digno de ser conocido». Ciego estaría quien no viera que el penúltimo desprecio a la filosofía procede del complejo de inferioridad injustificado que ha invadido a muchos filósofos *de primera fila*.

La razón de ser de la filosofía no es sólo como formación de actitudes, como reflexión, como método vivo e imprescindible al hombre de todos los tiempos, sino también como disciplina académica (en la escuela, en los centros de Enseñanza Media, en la Universidad) y como divulgación de los fundamentos de la cultura (prensa, radio, televisión).

### 1. ¿LA CIENCIA EN RETIRADA?

La responsabilidad de los efectos, también negativos, incluso destructivos, del progreso científico y técnico incita

cada vez más a preguntarse si el conocimiento, en el sentido moderno del término, será la mejor opción posible para nuestra sociedad. La rehabilitación de la sabiduría contra el saber y de la tradición contra la razón, han dejado de ser parcela exclusiva del pensamiento conservador, o del reaccionario.

El interés por convertir todas las ramas del saber en ciencias, es decir, por la utilización del método científico en todas ellas, es una tónica general en nuestro siglo. Como contrapartida, el sujeto agente de la ciencia, el hombre, se ha tornado problema: no sólo desde una perspectiva existencial o por la manipulación que sobre él ejercen, fundamentalmente, las ciencias de la conducta, sino también por la insuficiencia de la ciencia.

El fin de la creencia en el *progreso* es uno de los indicadores que señalan que nuestra entrada en lo que se denomina la época postmoderna, ha llegado. El postmodernismo intenta dar una respuesta a la cuestión de la legitimidad sin recurrir a las justificaciones contenidas en los grandes relatos de la modernidad: no propone nada como solución sino una especie de promesa ilusoria ultramodernista, que deja la cuestión sin contestar. El paso a la postmodernidad implica una redefinición, a veces radical, de la naturaleza, de las tareas objetivas y cometidos de la filosofía. Pero, ¿puede una época postmoderna reconocerse como filosófica en el sentido estricto de la palabra?

Mientras se deplora la obsesión por la eficacia en la técnica y por la productividad en la economía, se tiende a reducir una actividad tan típicamente *inútil* como la filosofía a un estado de supervivencia anacrónica.

La mayoría de los profesionales de la filosofía rehusan elegir entre platonismo y pragmatismo, y a profundizar o descubrir cosas como la verdad, la moralidad, la racionalidad, la cultura, la historia. Se ha llegado a hacer del profesional de la filosofía un intelectual de *uso múltiple* sin problemas ni método especiales: la cultura postfilosófica

sería aquella en que «ni los sacerdotes, ni los físicos, ni los poetas, ni el Partido serán considerados como más *racionales*, más *científicos*, más *profundos* unos que otros».

Parece que los científicos han tratado a la filosofía mejor que los filósofos y éstos a la ciencia mejor que los científicos. Ha sucedido como con «La mujer del otro».

Desde que la conciencia ha llegado a ser una cosa que se puede estudiar, describir históricamente, desplumar analíticamente, y utilizar política y económicamente, poco o nada le queda que hacer al filósofo. Desde que la distinción metafísica del bien y el mal se hace caduca y en que todo lo que es aparece, en sentido metafísico, como neutro, irrumpen la época en que no se puede imaginar ninguna moral trascendente ni establecer la distinción entre *medios* y *fines*.

¿Qué uso podía darse al binomio *racionalidad-cientificidad* si no sólo ha perdido su sentido normativo tradicional, sino también su utilidad? «Los filósofos del mañana renunciarán a la palabra *científico* en vez de cuestionarse, como hacen los estudiosos de hoy, en qué y por qué la ciencia es más científica que el resto de la cultura». Sin embargo, hasta la ciencia más pragmática reconoce que no podemos llegar a una concepción mejorada de las cosas como racionalidad o moralidad sin operar en el interior de nuestra tradición y en solidaridad con ella. ¿Quién podría negar que nada ha sido hecho en la historia en balde, ni nada ha sido pensando en vano? Desde los grandes sistemas a las *migajas filosóficas* tienen su puesto y su sentido en la manifestación de la verdad. A tenor del pensar hegeliano, la filosofía es su tiempo captado en conceptos que intenta mostrar cómo la realidad se presenta aquí y ahora.

La filosofía —escribió Bertrand Russell— tiene un valor permanente: ciertamente hay épocas que se apartan más de la sabiduría que otras y tienen, por consiguiente, una necesidad más grande de la filosofía, combinada con una

menor disposición a aceptarla. Nuestra época es de esas que no gozan de mucha sabiduría y a la que aprovecharía en gran medida lo que a la filosofía le corresponde enseñar: al disminuir nuestro sentido de certeza sobre lo que las cosas son, aumenta en alto grado nuestro conocimiento de la que pueden ser; aparte tiene el grandísimo valor de los objetos que contempla y la liberación de los intereses mezquinos y personales que resultan de aquella contemplación. Se olvida que desde el momento en que se hace posible el conocimiento preciso sobre una materia cualquiera, ésta deja de ser denominada filosofía y se convierte en ciencia separada. Así, la incertidumbre de la filosofía es, en demasía, más aparente que real<sup>1</sup>.

«Esta vida, decía Russell, tiene algo de febril y limitada. En comparación con ella, la vida del filósofo es serena y libre. En la contemplación partimos del *no-yo* y mediante su magnitud ensanchamos los límites del yo».

En los medios técnicos, económicos y diplomáticos se da una creciente ansiedad ante la impotencia de soluciones puramente técnicas para resolver los problemas de hoy. Ansiedad que reconviene a los filósofos para decirles: sólo vosotros podéis dar un sentido a nuestra actividad. Mientras muchos profesionales de la filosofía dudan de su trabajo, los científicos, confiados, acuden a ellos.

La tentación de los científicos de hoy no es el cientifismo ni el dogmatismo simplista del siglo XIX; hoy son más escépticos y conscientes de que, a la postre, ellos no ofrecen sino hipótesis. Leyendo las memorias de Oppenheim queda uno sobrecogido ante las crisis de conciencia que sobrevienen a los sabios atómicos: han comenzado a encontrar las categorías morales al percatarse del ingente poder que la ciencia ha puesto en sus manos.

Seguramente, «sobre la base de la ciencia, nuestro mun-

1 Cf. B. Russell, *Los problemas de la filosofía* (Edit. Labor, Barcelona 1978) p. 132. También puede consultarse a M. W. Wartofsky, *Introducción a la filosofía de la ciencia* (Edit. Alianza, Madrid 1988) I. Introd. pp. 22 y 29.

do occidental ha sido convertido en un enorme taller. Los avances en las ciencias de la naturaleza y de la sociedad expresan la voluntad de dominación de unos hombres sobre la naturaleza y sobre otros hombres. Las ciencias empíricas se han vuelto ciegas respecto a sus propios presupuestos»<sup>2</sup>. No es que haya que temer a la ciencia o a la técnica. Lo que hay que cambiar es el miedo.

Posiblemente vayamos hacia una gran época de creación filosófica y metafísica, merced al interés de los científicos que están en línea más constructiva y positiva que los intelectuales de *Letras*. «Karl Otto Apel, con su *transformación de la filosofía en la época de la ciencia* sale al paso de los que quisieran superar la filosofía mediante su reducción a ciencia o a lógica de la ciencia, camino por el que se destruiría el fundamento de una auténtica ética y política, pues se convertiría al hombre en mero objeto»<sup>3</sup>.

Por lo demás, no hay tiempo para poder ofrecer a los jóvenes de Enseñanza Media la doble tensión *filosofía-ciencia* y *filosofía-filosofías*, afortunadamente. Pero se merecen que los profesores tengan muy clara esa larga disputa para no dejarse llevar (ni transmitir!) por una crisis de inutilidad en su trabajo, por el vacío presunto de la inteligencia y por el absentismo de la ilusión. En cualquier caso, ni el número, ni la fe, ni la fuerza de los partidarios de una teoría afecta al contenido de una verdad la cual no descansa en el poder del sujeto ni en la determinación del objeto que viene dado sino en la relación entrambos.

## 2. LA NECESIDAD DE UNA FILOSOFIA PERTURBADA

En verdad no hay nada nuevo sobre la mutación constante de la filosofía, a través de su biografía. En nuestros días se llega al extremo de preocuparse mucho menos de

2 Cf. I. Murillo, 'Teoría actual de la ciencia', en *Diálogo filosófico*, núm. 3 (septiembre-diciembre 1985) p. 35.

3 Cf. I. Murillo, loc. cit., p. 352.

saber lo que es la verdad que de pleitear sobre la *categoría* que las ciencias, incluso la metafísica, le conceden. Así, desde los «mocitos que se dicen intelectuales de minorías» a los «filósofos marginales o adventicios».

La remudación actual de la filosofía difiere de la de ayer en los sujetos que la explican y la inventan, recreándola. Se nos dice que la filosofía ha experimentado en nuestros días un cambio desde dos frentes: *primero*, por la consideración marxista de la filosofía tradicional como ideología: la filosofía es ideología respecto al saber en la misma medida en que éste lo es respecto al ser<sup>4</sup>. Por otra parte, la operatividad de los ideólogos no está en función de sus contenidos, sino en su función social de «mantener la fe en los valores necesarios para que el grupo pueda actuar eficazmente. Por eso la ideología no es teoría pura»<sup>5</sup>; es totalidad de concepción que sirve a un grupo social y que organiza los valores que representa su conciencia. La ideología vive hoy una *Movida* funcional. No está en decadencia. *Segundo*, por el desmantelamiento de la validez del pseudorraciocinio, incluso en el plano mismo de su lógica, gracias a Frege, a Rusell, al primer Wittgenstein y al Círculo de Viena. Es —se dice— una crisis de fundamentos<sup>6</sup>.

Estamos ante un trastocamiento de la inteligencia, del sentido de la verdad y de hostilidad a la verdad: el desarrollo del espíritu científico ha inducido a muchos a no considerar otros criterios de certeza que los de las ciencias positivas que naturalmente no se pueden aplicar a las verdades metafísicas, morales, religiosas. Se sienten desconcertados: a la ansiedad de los dogmatismos de otraño ha sucedido la ansiedad de los escepticismos de hogaño.

4 Cf. E. Trias, *Meditación sobre el poder* (Edit. Anagrama, Barcelona 1977) p. 166.

5 Cf. L. Kolakovski, *El hombre sin alternativa* (Alianza, Madrid 1970) p. 25.

6 Cf. C. Castilla del Pino, *Naturaleza del saber* (Taurus, Madrid 1975) p. 129.

La oposición entre lo subjetivo y lo objetivo es tan efímera como juguetera. La ciencia no es algo impersonal sino que nace en la subjetividad de la persona y viene a ser el modelo convencional que manejan los miembros de una cultura para comunicarse entre sí, y como tal, sólo sirve para los hombres de esa cultura y no para otros. La ciencia también es subjetiva. En todo caso, el nuevo modelo de ciencia ha de ser por fuerza subjetivo y objetivo.

Nos encontramos asimismo con una confusión entre sinceridad y verdad. La sinceridad, distinta también de la autenticidad, no revalida las ideas de un hombre; no es lo mismo la deferencia con un hombre que con el error. El sentido de la verdad absoluta parece extraviado. Hay una atonía en la enseñanza de la filosofía porque los maestros, cuánto más los profesores, no saben frecuentemente a qué verdad atenerse, ni siquiera si hay verdad. *Las filosofías de la sospecha* quitaron las puertas del edificio, no las sustituyeron y quedamos a la intemperie. La perturbación pertenece al erario de la filosofía.

La misma ética se ha convertido en actitud de grandeza subjetiva: el hecho de concordar actitudes y conducta personal se considera el máximo valor humano, la sinceridad. La moral ya no sería tanto obediencia a una verdad como la concesión a un sentimiento.

Por si fuera poco, la verdad se encuentra relegada con relación a la *categoría de eficacia*. Pero, ¿es que el éxito es el pasaporte de la verdad? ¿Crea la fuerza el derecho? La verdad es sumisión de la inteligencia a la realidad. El ejercicio de la inteligencia consiste en reconocer «lo que hay». La posibilidad de llegar al fondo de «lo que hay» define al intelectual. La inteligencia no sólo sirve para satisfacer nuestras curiosidades o para mostrar nuestra competencia profesional. ¿Podrá resistir por mucho tiempo el divorcio entre la inteligencia y la verdad? Hay que admitir que el desconcierto y la admiración son sustratos de la humanidad que camina por *ciclos* que se alternan entre el *qué* (edad

de las esencias, del *tí* griego) y el *para qué* y el *cómo* (edad de la utilidades, el *ina* y el *aisthesis* griegos). A fuer de sinceros, reconocemos que después de Matthausen, Auschwitz y Trebinka, todo será diferente (lo peor es que todo ha sido encomendado al Estado, siendo ello contraproducente por la claudicación diaria del mismo ante la racionalidad).

Gran acervo de equilibrio psico-afectivo e intelectual precisa el profesor de filosofía para no transmitir a los jóvenes, en el corto espacio de los cursos de bachillerato, lo que es advenedizo, contingente, anecdótico y superficial a la filosofía como tal; gran serenidad ha de disfrutar para esquivar lo que es trágico embadurnamiento de cuestiones afines, incluidas las puramente administrativas, y revertir sobre los núcleos esenciales. El profesional de filosofía, verdadero intelectual, es esencialmente educador, accidentalmente, profesor.

Es patente, en fin, el enorme abatimiento de la confianza en la palabra. La impotencia para creer en el diálogo hace que cada uno se cierre en su propio mundo: ignorando, despreciando, siendo indiferente ante el otro. El lenguaje se hace esotérico, abstracto, supertécnico. Sólo sirve para la información rápida y epidérmica. Es un signo de decadencia de la cultura de un pueblo. Los medios de la publicidad o de la propaganda han sobrepasado el listón de la moralidad. La publicidad comercializa no sólo los productos, sino también las personas y los mismos acontecimientos. Se ha vaciado la intimidad vacía. La política, como forma de conquista y disfrute del Poder, se ha desnaturalizado al caer en la trampa de la palabra comercial y del aserto gratuito por indemostrable<sup>7</sup>. El diálogo social ha

7 El sistema de representación legislativa y sindical como lugar de diálogo social está en el aire mientras el ciudadano medio no se reconoce ya en las justas verbales, a menudo vergonzantes, de los políticos profesionales: la repetición subliminar de una mentira se convierte en *verdad* eficaz; se justifica la mentira desde el Poder en nombre de las recurrencias electoralistas, ¡legítimas porque electorales! Los debates parlamentarios, por ejemplo, sobre el *Estado de la Nación*, adolecen de la postración y menosprecio de la palabra humana. Es un verbalismo ideológico. Ya no hay *filo-logía* sino *pato-logía*.

perdido crédito. La presentación rápida y condensada de los mensajes de agencias para la prensa y la radiotelevisión ha contribuido a poner en un brete el fundamento mismo de la verdad.

¿Por qué no reconocer que juristas, lingüistas, historia-dores, sociólogos, psicólogos, profesores de EGB, reciben una generosa ayuda desde la filosofía? Los mismos estudios de matemáticas, física, etc. requieren los de una previa formación filosófica cada vez con mayor enjundia, al menos en universidades de influencia anglófila y aunque sea en su vertiente de la llamada filosofía positivista y analista.

Pero lo que se pone en cuestión —por qué no reconocerlo— no es la filosofía en sí sino el reconocimiento oficial y el soporte institucional que (¿ella necesita?) reivindica para ejercer con eficacia su función pluridimensional. Como afirma K. Popper, lo propio de las sociedades democráticas es soportar y suscitar la discusión crítica y no considerarla como potencial o soterrada amenaza. Tal recelo sería la causa absurda —lógicamente— de la tentación de los gobiernos democráticos al intentar retirar su apoyo a la filosofía. Se olvida que el único caso en que la profesionalización de la filosofía no plantea problemas es en las sociedades totalitarias: la misión del filósofo consiste allí en exponer, comentar y justificar una doctrina establecida por el Poder oficial impuesto (recordemos que la filosofía fue prohibida en los países germánicos bajo la dominación nazi). La crítica —ya se sabe— no necesita de legitimidad. El que la filosofía sea también, y originariamente, pensamiento político no significa que se convierta en alfombra de una determinada ideología, ni que haga el juego a un determinado gobierno. La verdad no se apoya en el poder; más bien inyecta a éste cuanto de autenticidad y fuerza pueda albergar.

La labor crítica de la filosofía no será reconocida más que cuando se acepte que su disidencia real comporta una ventaja moral. La revuelta de la imaginación y de la espe-

culación filosóficas contra el *statu quo* debe inspirarse en el deseo de modificar el estado de las cosas y no adocenarse con el susurro del éxito fácil. La falta de imaginación es el guardián del «desorden establecido».

Sólo un par de generaciones y España no contaría con ontólogos ni filólogos ni, consiguientemente, políticos reales, comunicadores con la realidad social. Para que la filosofía sea creadora ha de penetrar el lenguaje de la realidad.

### 3. PROFESORES DE LA FILOSOFIA AL SERVICIO DE LA JUVENTUD

¿Cuándo se perderá el aire de despistados, de ideólogos ensimismados del que, a veces con razón, se tilda a los profesionales de la filosofía? ¿Cuándo se olvidarán ellos mismos de los complejos de culpabilidad, de inferioridad, de desconfianza o recelo frente a otras disciplinas no sólo *científicas* sino *literarias*? ¿Cuándo dejar de presentarse como generalizadores de saberes?

En general los intelectuales tienen una crisis de confianza en su tarea: como si sus estudios, escritos, conferencias, participaciones en mesas redondas, no estuvieran engarzados en la realidad. Se llega a oír que la aceptación de la verdad es un signo de debilidad o de encoframiento mental; y que la mera investigación es el ejercicio propio de la inteligencia. Se sienten impulsados a buscar el presunto contacto con la realidad por caminos que no proceden del hontanar de su neta vocación intelectual, sino de la acción o pasión política: llegan a convertirse en los defensores o contradictores de un sistema político, cuando no asesores partidistas de un gobierno determinado, haciendo de filósofos *oficiales* del mismo. Como parecen no creer en el testimonio de la verdad que han de ayudar a descubrir, acaban en la acción política como sustitutivo de su frustración o como *complemento de destino*. En vez de ayudar

a la creación de reformas pedagógicas se escoran en los vistosos aledaños de las reformas institucionales que componen el menú político del momento.

La función social de la filosofía requiere que no sea adicta a un régimen determinado. La ciudadanía espera mucho de los filósofos. Entre nosotros la filosofía política, por ejemplo, está en el rescoldo y hay que aventar sus cenizas.

Prueba de que la filosofía está al servicio del Pueblo es que la institución oficial trata de suprimirla, no directa sino indirectamente (desviando sus auténticos contenidos: los que la alumbraron).

Como profesores de filosofía sabemos que nuestra docencia está grandemente en el aula si bien el compromiso que respalda nuestra profesión y los contenidos que enseñamos, pueden y deben traspasar la estricta frontera académica. Eso representa nuestro aval ante los jóvenes alumnos. Ellos se interesan ciertamente por la filosofía. Pero se filosofa y se construye la filosofía en el aula para animar la vida.

La gran pregunta: ¿por qué esos conatos disimulados por relegar o escamotear la filosofía en BUP y en COU? La respuesta pertenece a la categoría *utilidad*: la ciencia y la técnica aseguran los conocimientos matemáticos y físicos que facilitan la especialización profesional. Se olvida que los alumnos reciben el gusto por la reflexión personal y las ideas, la iniciación a la cultura, la disciplina del pensamiento, el método para afrontar y expresar los problemas, gracias a la filosofía. El conocimiento del hombre en sus diversas vertientes representa mucho más que una mera *educación para la convivencia (EPC)* o «formación del espíritu nacional». Las comparaciones de las formas de vida y sus valoraciones son aportaciones que se dan al alumno de BUP y de COU desde el aula de filosofía. La EPC es el mausoleo de una ética frustrada, por haberse tornado inútil para el Poder. El pragmatismo ha sustituido a la utopía y

el posibilismo a la ética. Ya no se trata de pesimismo u optimismo sino de *posibilismo*.

¿Por qué no abrir esos programas existentes, tan denostados por extensos, pero cuya riqueza de contenido, distribuable por trienios, es tan innegable como poco explotada? ¿No será que falla la metodología de su enseñanza en cuanto a diversificación, cuestionario, actualización y acoplamiento de la temática a las vivencias actuales? La imaginación creadora no está reñida con la filosofía. Sin embargo, ¿por qué los profesores de filosofía no se decidirán a poner sobre el tapete sus indudables y valiosas experiencias docentes que, acaso por un temor injustificado o por falsa modestia, nos privan de aquellas? A buen seguro que es mucho mayor la envidia de lo que se hace y se silencia que lo que se pulula a los cuatro vientos: nos lo dicen los congresos de profesores <sup>8</sup>. El magisterio es un misterio donde toma cuerpo el ideal. A menudo, sin saberlo. Hay que reformar el miedo...

#### 4. LOS JOVENES ANTE LA FILOSOFIA: NO MIEDO SINO CLARIDAD

La filosofía no es una ciencia refinada, rara, elitista, relativizadora; ni una rama o disciplina científica entre otras para rellenar el horario del alumno; ni una diversión esotérica, ni un ejercicio formal de lógica colgado de un ordenador. La filosofía no es un pensamiento *topológico* que sabe decir *dónde* pero no el *qué* de cada fenómeno. A ese pensamiento —decía Adorno— acontece lo que a la ilusión del paranoico quien ha cortado su experiencia del objeto. Tampoco es la filosofía una palabra de obsequio colocada delante de cualquier determinación política (por ejemplo, «la filosofía de nuestro partido»), económica (por ejemplo,

<sup>8</sup> Buena muestra ha sido el Congreso «Filosofía y Juventud» organizado por la Sociedad Española de profesores de filosofía de Instituto (SEPTI) en Madrid (19-21 junio 1985). Ver sus Actas en *Revista de Filosofía y de didáctica de la filosofía*, núm. 3 (octubre 1985).

«la filosofía de los presupuestos de este año») o de convención social (por ejemplo, «la filosofía de la moda de otoño»), etcétera. Por consiguiente, la clase de filosofía no es un jolgorio de palabras, ni una tumba de ideas, ni un museo arqueológico de creencias.

La filosofía es ejercicio disciplinado de reflexión, análisis, crítica y comunicación del pensamiento encarnado en la cultura: firmeza frente a vacilación, claridad frente a oscuridad<sup>9</sup>, planteamiento pedagógico y terapéutico de los grandes valores que deben decidir nuestras acciones en la sociedad<sup>10</sup>.

La filosofía es un mirada atenta del hombre al hombre, en el espacio y en el tiempo: la aceleración de la historia hace tan difícil como urgente la tarea reflexiva y crítica de la filosofía. Tanto más urgente cuanto vemos aparecer en los jóvenes una manera diferente de pensar y de comprender: alimentados desde la infancia de imágenes y sonidos, captan mejor las imágenes globales, los ritmos y los símbolos que implican la intuición. Al consumir tanto audiovisual crean una relación con la realidad sin distancia: se sienten invadidos, impregnados por esa realidad inmediata; captan intuitivamente la significación sin pasar por el tamiz de la reflexión crítica; se limitan a sentir con su cuerpo y su sensibilidad; están en las antípodas de la racionalidad y de la lógica para la que se sienten alérgicos, a menos que esté «telemandada» por el ordenador.

La filosofía es ciencia precisa: toma parte en la verdad sobre los problemas humanos que suelen estar ausentes de la *razón positiva* de la conciencia. No puede confundir lo real con lo dado ni ésto con lo dado en la *experiencia sensible*. No podemos ocultar que la contradicción sucede en la realidad y también, y tal vez por eso, en el pensamiento.

La filosofía no está hecha para ofrecer en bandeja la

<sup>9</sup> Cf. J. Ortega y Gasset, 'Meditación del Quijote', *Rev. de Occidente* (Madrid 1970) p. 81.

<sup>10</sup> Cf. C. Paris, *Filosofía, Ciencia, Sociedad* (Siglo XXI) pp. 29-33.

verdad misma es un proceso. Su tarea está en construir el espíritu de verdad, es decir, la capacidad de controlar todos los puntos de vista posibles, todas las razones que pugnan entre sí: sembrar la dialéctica y el desorden; pero con un esfuerzo de claridad<sup>11</sup>; es un intento de sustraerse a un pensamiento cosificado y especializado pero que no puede esquivar la fijación y elaboración de un lenguaje fijo, de una terminología firme, ni una división del trabajo. En ese sentido es un saber especializado y no una *sabiduría humana generalizada*.

En filosofía nada hay que aprender, salvo aprender a filosofar. Lo cual no significa que no contenga información (contenidos), pero su misión es la de enseñar a juzgar, lejos del fundamento de nuestras convicciones, de automatismos y de toda suerte de convencionalismos; nos conduce al examen de prejuicios y de creencias. La clase de filosofía no es un recitado de lecciones que hay que memorizar, sino la articulación de un pensamiento operativo, desde los textos de autores, de problemas planteados y seleccionados<sup>12</sup>; buscar el sentido de una discusión, canalizar un debate general para lograr la participación activa del alumnado: que se sienta implicado por encima de las exigencias estrictamente académicas. No se trata ya de saber definir, sino de expresar, dirimir, disertar, comentar, optar (de palabra y por escrito) por una línea de pensamiento. La filosofía no es primordialmente una asignatura sino una exigencia, no un aula sino un taller.

La filosofía transforma, simbiotiza, los conocimientos adquiridos en la cultura ya que su mirada cauta, respetuosa, comparativa, analítica y crítica, sobre el pasado y el presente, dan sentido (dirección y finalidad) a la vida; prepara y hace viable la continuidad de un proyecto de vida: uno, no único; y a través de la creación de actitudes facilita

11 Cf. L. Kolakovski, *Panorama aujourd'hui* (febrero 1983).

12 Como decía Alain, «los espíritus originales son aquellos que han leído mucho», y Bachelard, «es preciso desear leer mucho, leer más, leer siempre».

la respuesta dinámica u operativa a las urgencias de la vida.

La función del pensamiento filosófico consiste en proporcionar los eslabones que faltan a la cadena del saber y en sustituir el metal empírico ausente, por el hilo de las conjeturas; ha demostrado ser en la historia un importante fermento del conocimiento progresivo<sup>13</sup>. Mediante el pensamiento filosófico se adquiere el autoconocimiento social por el que sociedad y grupos toman conciencia del nexo entre el mundo conocido y la actitud ética de los hombres.<sup>14</sup> *o mundo por hacer...*

Cuando pensamos con método riguroso avisamos, como el buho en la noche, de la senda, del espacio, del tiempo y del contorno vital. Pensar con método es avivar la memoria histórica: para que no se repita una generación como aquella que perdió sus ilusiones, asediada por el fascismo, defraudada por el socialismo, sumergida en la cólera, en las ensoñaciones ultraizquierdistas y en la ucronía y utopía de un camino sin retorno. Era una generación de viejos prematuros.

A fuer de sinceros, hemos de reconocer, siquiera sea porque las cuotas estadísticas lo corroboran, que la filosofía es la materia en la que el alumnado se siente más protagonista, o más capaz de serlo. El alumno vive en la edad de la autoexploración, de la polarización sensorial, del secreto del *si mismo*, del desconcierto; entre el BUP y el COU el joven se columpia entre la fe, la creencia y el desencanto. La filosofía no puede darle miedo; a lo peor, se trata de temores prefabricados. La búsqueda de *si mismo* da sentido y dirección a su vida. A poco que encuentre una trascendencia, avizorará finalidad e impulso para la existencia.

13 Cf. L. Kolakovski, *El hombre sin alternativa*, op. cit., p. 182.

14 Cf. L. Kolakovski, *ibid.*, p. 188.

## 5. EN RESUMEN

La ciencia y la técnica no pueden más que alentar al hombre y servirle: son factura suya; su imagen y semejanza. Viven de la categoría *utilidad*. Sólo la verdad es verdadera. Y es verdadera cuando es humilde. La ciencia humilde no exhala temores.

La filosofía, afincando en la categoría *verdad-bondad-belleza*, no puede anidar complejos de inferioridad ni, por tanto, miedos. La perturbación sobreviene a la filosofía desde fuera de ella misma: a) Desde el instante en que se le juzgue por la categoría *eficacia* o *utilidad*: sinceridad y verdad se confunden, la ética se trastoca en grandeza de ánimo, se produce el divorcio entre inteligencia y verdad, irrumpe la impotencia del diálogo por la usurpación del *logos* en la comunicación verbal (la palabra es producto comercial); la crítica parece inaceptable y su disidencia asoma como una desventaja moral para quien gobierna el Estado. Se olvida que la función social de la filosofía requiere que no sea adicta a un régimen determinado. b) Por eso la institución oficial trata de suprimirla, directa o indirectamente, anulándola o subyugándola con la creación de prestigiosos centros de investigación en los que se emplazan «prestigiosas» cabezas del régimen circulante.

Efectivamente, los miedos a las *reformas* son irracionales: toda filosofía lleva en su avituallamiento la necesidad permanente de reformarse: sujeto, objeto y método lo demandan. Por eso, lo que hay que reformar es el mismo miedo...

PEDRO ORTEGA CAMPOS